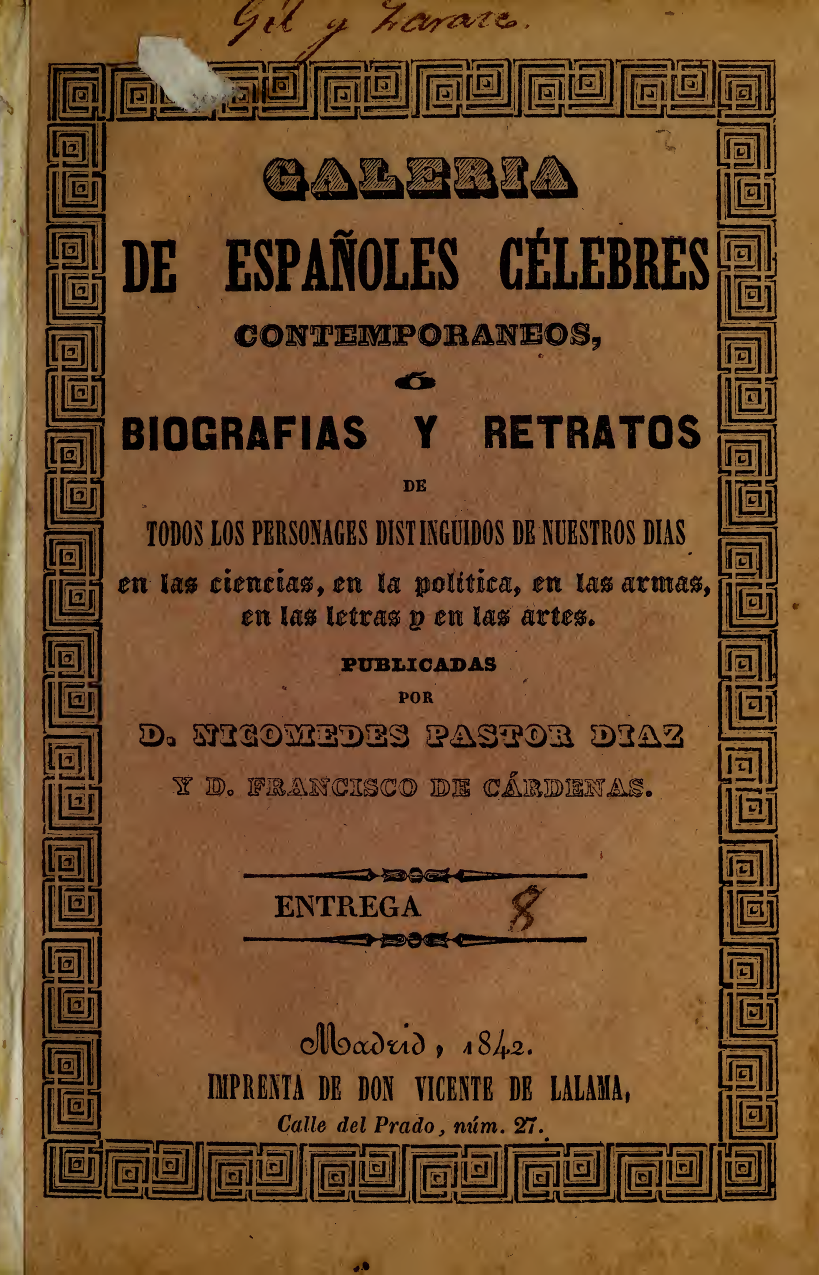


Gil y Zarate.

GALERIA
DE ESPAÑOLES CÉLEBRES
CONTEMPORANEOS,
ó
BIOGRAFIAS Y RETRATOS
DE
TODOS LOS PERSONAGES DISTINGUIDOS DE NUESTROS DIAS
en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes.

PUBLICADAS
POR
D. NICOMEDES PASTOR DIAZ
Y D. FRANCISCO DE CÁRDENAS.

ENTREGA 8

Madrid, 1842.
IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Prado, núm. 27.



D. A. GIL Y ZARATE.

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

Acontecimientos hay de tan poderosa influencia en la carrera de la vida, que parecen como traidos de intento para servir de escollo á todos los cálculos de la razon, y á la prevision de la prudencia humana. En vano se afana el hombre por llegar á un punto que el porvenir le muestra en lejano término como único objeto de sus desvelos, como premio reservado á sus fatigas. Inútiles sus esfuerzos contra ese oculto poder que le desvia cada vez mas del objeto apetecido, lucha contra él sin fruto, á la manera que el náufrago desventurado apura sus cansadas fuerzas por asir la anhelada playa que desaparece de su vista, rechazado de ella por el ímpetu de las olas.

El dedo magnético del destino atrae á cada uno al

punto designado por la providencia, señalándole el curso que ha de llevar en su afanosa carrera. Dudosa la suerte, incierto el porvenir, irresistible el embate de la fortuna próspera ó adversa, ninguno puede confiar en que hará mañana lo que hoy tiene pensado; en que su suerte será mas benigna ó mas desventurada; y ni podrá por lo mismo entregarse á una confianza ciega en la prosperidad presente, ni abandonar su corazon à las escitaciones aflictivas de un porvenir desconsolador modelado por sus actuales padecimientos.

Interrogad á los hombres; preguntad á cada uno ¿si es su destino presente el mismo que imaginaron cuando el primer albor de la razon vino á iluminar su entendimiento? ¡Cuán pocos dirán que si! ¡Cuán pocos serán los que consultando su propio corazon, no se admiren de encontrarse en situacion diametralmente opuesta á la que ni aun en el idealismo de sus propios delirios pudieron imaginar como posible! ¡Y cuántos mas á su vez volverán lastimados sus ojos al tiempo que fué, para dulcificar de algun modo sus pesares con el grato recuerdo de su antigua felicidad!

Esta continua fluctuacion del destino de la especie humana, origen fecundo del placer y del dolor, del bien y del mal que constituyen la ventura ó la desgracia del individuo aislado, nada es en sí misma respecto de esa masa inmensa de seres que llamamos sociedad, cuyos intereses, las mas veces contrapuestos á los individuales, hallan por lo comun su incremento en aquello mismo que labra la desventura de un hombre, de una familia entera.

A esa continua fluctuacion, á esa versatilidad inconcebible de la suerte humana, son debidos en gran parte multitud de fenómenos no menos sorprendentes que ventajosos á las ciencias, á las artes, á la literatura, al comercio, á la industria. La accion de esa movilidad de la

fortuna, desenvuelve en los hombres facultades adormecidas, designios anteriormente no meditados; y un nuevo ser, una nueva vida, cuya realidad es tambien un fenómeno para el mismo que los esperimenta, vienen á reemplazar un ser y una vida dudosos en sus propensiones, equivocos en sus fines; porque no siempre es dado á cada individuo conocer perfectamente su vocacion ni el verdadero objeto á que debe dirigir sus conatos.

No pequeña parte de lo que acabamos de decir puede aplicarse al distinguido escritor, objeto especial de estos desaliñados renglones. En ellos se verán trazados los principales sucesos de su vida en cuanto vasten para ofrecer, no un retrato perfecto, sino un bosquejo que presente los principales caracteres del individuo como hombre social y como literato. Y en ellos se verá al propio tiempo la irresistible fuerza de ese destino que nos conduce á su antojo por donde los cálculos de la prevision humana no habian descubierto senda practicable.

Al pie de la nevada sierra que señala los límites de ambas Castillas, existe el pueblo de San Lorenzo del Escorial, humilde, pero envanecido con razon por contener en su recinto uno de los monumentos mas celebrados en la historia moderna de las artes; obra de la piedad y del orgullo de Felipe II, memoria perpétua de la famosa batalla de San Quintin. Hallábase alli el año 1793 la compañia cómica llamada *de los sitios*, y como individuo de ella el Sr. Bernardo Gil, actor muy estimable despues en los teatros de esta corte, cuando su esposa la Señora Antonia Zárate, mas celebrada por su hermosura que por su mérito escénico, dió á luz un niño el dia 1.° de diciembre. No bien salido de la niñez y despues de haber estudiado rudimentos de latinidad con un preceptor de Madrid, su padre le envió á concluir su educacion á un colegio establecido en Passy, á las in-

mediaciones de París. Allí, despues de hacerse dueño del idióma de su nueva patria, comenzó á dar pruebas positivas de su ventajosa disposicion para los estudios, y en particular para la poesía; causando no poca admiracion á los franceses el fenómeno singular de que un español hiciese mejores versos que ellos en un idióma para él enteramente nuevo. Si en esta confesion ingénua del Sr. Gil pretendiese alguno descubrir los estímulos de la lisonja propia, desechará muy pronto semejante idea al oirle confesar igualmente que aquella circunstancia provenía de haber casi olvidado el castellano, y ser entonces la lengua francesa el único idióma que hablaba. Aludiendo á su olvido de la lengua patria, le hemos oido referir una anécdota bastante chistosa, pero que nuestra pluma no acertará á trasladar al papel con la sencillez y candor tan propios del carácter del Sr. Gil. Entró en el colegio de Passy un maestro que tenia pretensiones de saber algo de castellano: quiso un dia que el jóven español, en vez de escribir la composicion en francés, lo hiciese en su lengua nativa. Dióle por asunto la descripcion de un baile; y hablando de una persona que á él asistia, pintaba su trage, entre cuyos componentes entraba el calzon corto, de rigurosa etiqueta en aquel tiempo. No hubo de agradar al maestro la palabra *calzon*, por parecerle de baja estirpe, y quiso que la sustituyese por otra de mas elevada alcurnia.

Apurado el joven con este precepto, acudió á consultar con el único libro en castellano que algunas veces leía para no olvidar enteramente su lengua: este libro contenía las novelas de Cervantes. Acababa de leer y aun de traducir al francés la de Rinconete y Cortadillo, habiendo llamado mucho su atencion la palabra *zaragüelles* citada por Cervantes, como parte del trage de Monipodio. Nuestro joven traductor, sin tener la menor idea de su forma ni de la clase de personas que los lle-

van, si bien concebia ser una cosa destinada á cubrir los muslos, y prendado por otra parte del sonido de aquella palabra, la puso en lugar de *calzon corto*, para formar el trage de un elegante en baile; y tanto el maestro como el discípulo, quedaron sumamente satisfechos de tan feliz hallazgo.

La aplicacion y progresos del Sr. Gil le hacian sobresalir entre sus compañeros de colegio; circunstancia que segun asegura él mismo, acompaña comunmente á los españoles educados en aquellos establecimientos, respecto de los jóvenes del propio pais. Observacion digna de tenerse en cuenta cuando sea oportuno hacer uso de ella en otra clase de escritos.

Concluida su educacion en 1811, regresó á España el señor Gil, y hubo de dedicarse desde luego á recordar el idióma patrio que casi habia echado en olvido. En este tiempo tuvimos el gusto de contraer nuestras primeras relaciones amistosas, con motivo de ser condiscípulos en la cátedra de física esperimental de San Isidro de esta córte, que con tan general aplauso desempeñaba el célebre D. Antonio Gutierrez.

La época de la juventud, la época mas memorable en las páginas de la historia del hombre, ese período risueño de la vida, que abriendo las puertas á un porvenir lisonjero, colmado de placeres y de esperanzas, es para el hombre sensible y pensador la estacion de los amores y del estudio; esa época, en fin, en que el cálculo sobre lo futuro se estrecha y se refunde en la pasion por lo presente, llegó á dar nueva vida y movimiento á la viva imaginacion del señor Gil, y llegó tambien á dar principio á la volubilidad de la fortuna y al quebradizo fundamento sobre que estriban por lo comun todos nuestros juicios.

Las ciencias físico-matemáticas absorvian por entonces toda la atencion del señor Gil, porque con razon

veia en ellas el inmenso campo abierto al entendimiento humano, dentro de los límites á que le redujo el supremo Hacedor del universo. Asi, pues, lleno de esa idea grandiosa, y acaso con el designio de librar su fortuna en el estudio y profesion de aquellas ciencias sublimes, se entregó con ardor á ellas; y para adquirir su apetecida perfeccion, renunció en 1813 un pequeño empleo obtenido en la secretaría del ayuntamiento de Madrid, que desempeñó muy pocos meses, aviniéndose mal con una clase de ocupaciones muy agenas del espíritu investigador que á la sazon hacia sus delicias. Continuó pues hasta el año 1820 cultivando las ciencias con igual ardor que siempre, no solo en Madrid, sino tambien en París, á donde volvió de nuevo, y permaneció otros dos años con este solo objeto; como quien veia en ellas un patrimonio adquirido á costa de muchos años de trabajo y de considerables desembolsos, y con la esperanza de llegar algun dia á rejentar una cátedra científica; mas no por eso descuidaba el estudio de las buenas letras: «Persuadido »(dice él mismo) de que en el dia un matemático ó un »físico, asi á secas, es un pobre hombre, y de que para »propagar y vulgarizar las materias científicas se nece»sita amenizarlas con los adornos de la literatura; es»timulado ademas por el ejemplo de Laplace, Biot, Cu»vier y otros, que siendo profundos en las ciencias, ocu»paban un puesto muy honroso entre los literatos, y »brillaban por sus escritos; creí que debia adquirir como »ellos el arte de escribir con acierto.»

No se equivocó ciertamente al formar este juicio, tal vez nacido de un secreto presentimiento del destino que le estaba reservado; y tampoco podia estrañarse por lo mismo, el placer con que á los estudios científicos agregaba el de las buenas letras, acaso en la época mas deplorable para la juventud española, como haremos ver en breves palabras.

Corria el año 1814. Aun resonaba en nuestros oidos el zumbido del cañon que acababa de tronar en las opuestas faldas del Pirineo, obligando á las huestes enemigas, mandadas por el mayor capitan que han conocido los siglos, á buscar amparo y seguridad en las fortalezas del otro lado del Garona. Una nacion empobrecida, pero noble y orgullosa, vió invadido falazmente su territorio por ejércitos acostumbrados á contar sus conquistas por las batallas que ganaban. No avezada entonces á los combates, pero sobrado sensible para ver lastimado impunemente su orgullo y mancillada su antigua gloria, lanzó el grito de guerra, y se arrojó sobre sus invasores con aquella fiereza tan terrible en otros tiempos en los campos de Cerinola y del Garellano. Seis años de combates tras siglos de mengua y de contínuo sufrimiento, despertaron en aquel pueblo la idea de su propia dignidad; y huérfano de su monarca, y tendiendo una mirada desconsoladora sobre los males que le agoviaban, procurò atajar el daño por los medios indicados á la sazon en gran parte de los estados europeos. Inesperto en las teorías de gobierno, y dando cabida á los desórdenes que la licencia introduce á favor de las novedades, poco hubieron de hacer los enemigos de toda innovacion contraria á sus intereses privados, para arrancar la completa abolicion de todo lo hecho durante la guerra, de los labios de un monarca igualmente inesperto, pero lleno de suspicacia y temor, que volvia sin embargo al seno de sus pueblos entre sinceras aclamaciones, arrancadas por su entusiasmo guerrero, y por el amor que los de España han profesado siempre á sus reyes.

El famoso decreto de 4 de mayo, sofocó por entonces las ideas liberales, que muy pronto habian de estallar con mayor pujanza, cuanto era mayor tambien la violencia con que se presumió reprimirlas. Esa violencia, fru-

to de una politica falsa en sus bases, errónea en su objeto, incierta en sus resultados, no solamente se estendió á las máximas de gobierno que la revolucion habia vulgarizado, sinó que tendió tambien su brazo de hierro á todo linage de ideas, á todo sentimiento noble y generoso. ¡A tal estremo de ceguedad conduce á los partidos la bárbara presuncion de querer imperar esclusivamente sobre el espiritu de las sociedades, modificado por el tiempo y la esperiencia!

Todo habia enmudecido. Temerosos los vencedores de ver escapar de sus manos un triunfo tan fácilmente conseguido, la suspicacia politica en intima union con la teocrática, no consentia espresar con libertad ni aun las tiernas emociones del alma, revestidas de las galas y atavios de la poesia. Todo habia de pasar por el apretado tamiz de la censura ignorante y ridícula de un fraile ó de un leguleyo, que en cada palabra, en cada tropo, en cada pensamiento, creian hallar ideas depresivas de la religion y del trono. El sistema de estudios observaba una pauta semejante, modelado por el espiritu receloso y represivo que á la sazon dominaba, y no era pequeña concesion en almas tan apocadas, consentir la enseñanza de la fisica esperimental en los estudios de San Isidro, si bien desempeñada por un jesuita *sub conditione*, y aplicando el correctivo de un resúmen de la pasion y muerte de N. S. J. C., por introduccion preparatoria, al estudio de una ciencia que, como las demas cuya base es la naturaleza, estaba incluida en el número de las que conducen al materialismo.

Empero semejante remedio era ineficaz y tardio. Aquella juventud no avezada á las revoluciones, habia escuchado acentos nobles y generosos; habia visto caer á sus pies la máscara hipócrita que encubria á los antiguos opresores del entendimiento humano; y alentado su corazon é inflamada su fantasia con las puras y des-

interesadas ideas de un órden mas elevado y sublime, apacentábanse con ellas en el seno de la amistad, como el avaro recuenta sus tesoros en la oscuridad de su retiro, recelando una mirada furtiva que descubra su riqueza.

En aquella época, pues, de angustia y sobresalto; en aquella especie de paréntesis en la civilizaciou española, varios jóvenes sedientos de saber, cuyo pensamiento no podia ceñirse á la mezquina escala de sus opresores, concibieron el laudable proyecto de formar una sociedad literaria, en donde el estudio de los buenos modelos y la misma comunicacion de ideas, aumentase el caudal de las adquiridas por cada asociado. Miembros fueron de esa especie de academia literaria D. Antonio Gil y Zárate y el que escribe estos renglones.

Allì, lejos del rujido de las pasiones; sustraidos por momentos al terrible azote que afligia á la sociedad; con el alma entusiasmada y la imaginacian enardecida; se entregaban aquellos jóvenes en brazos de su propia inspiracion, sin temores ni recelos; y las composiciones de diversos géneros sometidas por ellos mismos á sus recíprocas censuras, les sirvian para llegar á conocer sus desaciertos, y por su medio el camino de la perfeccion. No reinaba alli ciertamente ese desvanecimiento pueril que tan facilmente malogra ingenios privilegiados: ninguno se juzgaba superior á los demas; ninguno esquivaba la censura agena; y ninguno, en fin, se dejaba dominar de la necia presuncion de que los ensayos del ingenio hechos en la primera juventud, sin el tino y madurez que solamente se alcanzan con los años estudiando en el gran libro del mundo, debieran salir jamás del humilde albergue de la cartera, para pretender ilustrar al universo entero. La modestia era el principal distintivo de aquella sociedad literaria: la modestia es cabalmente la prenda que mas realza el carácter del señor Gil, uno

de los individuos mas aventajados de la misma.

Mas ese apacible remanso desde el cual solamente escuchábamos á lo lejos el violento bramido de la política, no bastó para preservarnos de un próximo naufragio. Aquella reunion, tan incauta como inofensiva, ¡quién lo creyera! se hizo sospechosa á los ojos suspicaces de la policia inquisicional del celebérrimo Chavarri, quien á fuer de fiel servidor de sus dignos patronos, meditó sin duda un golpe de mano contra aquellos jóvenes, cuyo imperdonable crimen consistia en su mismo deseo de saber. Afortunadamente para ellos, una mano benéfica les anunció el peligro por medio de un anónimo, que hubo de repetir otra vez, porque nuestros jóvenes académicos despreciaron el primero, no creyendo llegase á estremo tan risible la suspicacia de los gobernantes. Asi lograron disipar estos aquella reunion literaria, verdadero anacronismo en la historia de esos años de opresion y de ignorancia. Referimos este suceso para que nuestros lectores puedan formar alguna idea aproximada de los infinitos obstáculos que hubo de vencer el señor Gil, asi como toda la juventud de aquel tiempo, para lograr adquirir los conocimientos mas indispensables; conocimientos que ahora consiguen los jóvenes sin esfuerzo alguno y por via de entretenimiento, llevados, casi á pesar suyo, al logro de sus deseos, á beneficio de multitud de escritos y de establecimientos de todas clases, en donde, sin percibirlo, adquieren crecido caudal de los mas útiles y ventajosos al aumento progresivo de la civilizacion y de la cultura. Volvamos ahora á tomar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

No era llegado aun el tiempo en que el señor Gil se viese obligado, por incidentes de la fortuna, á divorciarse de las ciencias, y á dar nueva direccion á sus facultades intelectuales. Todavia le lisonjeaba la esperanza de verse enlazado con ellas durante su vida, disfrutando del

reposo y felicidad que tan solo en el exámen y contemplacion de los fenómenos de la naturaleza, puede hallar cumplidamente el hombre dotado de sensibilidad y de honradez. Mas sin embargo, ya entonces comenzaba á reproducirse en su ánimo aquella secreta tendencia que en el colegio le indujo á construir pequeños teatros para hacer comedias por medio de figuritas, y á escribir piececitas cortas, ya de invencion, ya imitadas de otras que veia en los teatros. Por los años del 15 al 20, hizo tambien, aunque en mayor escala, diversas traducciones dramáticas, que se ejecutaron en el teatro de la Cruz, poco limadas en verdad, por cuyo motivo jamás ha querido engalanarse con ellas incluyéndolas en el repertorio de sus tareas literarias. Mas su perseverancia en el estudio de las ciencias no habia sufrido detrimento alguno por esa nueva tendencia literaria: al contrario, habíase robustecido su constancia en ellas con la pròxima esperanza de ocupar una cátedra de física que se proyectaba establecer, entre otras, en la ciudad de Granada por el ministerio de Hacienda. Empero la revolucion del año 1820 destruyó este proyecto, y con él las esperanzas del señor Gil.

Aquel memorable acontecimiento, consecuencia inevitable de la mal calculada reaccion del año 1814, echó por tierra los frágiles cimientos de un edificio monstruoso, construido en ese año funesto con materiales carcomidos, cuyo ruinoso aspecto solamente podia ocultarse á los ojos fascinados de quienes movidos por el ciego instinto del interés privado, desoian los consejos de la esperiencia y la voz de la conveniencia general. Aquel suceso, que puso á la monarquía á borde del precipicio, abria una nueva era de esperanzas para los unos, de temores para los otros, de desasosiego y de inquietud para todos. Los cálculos sobre lo pasado no tenian aplicacion para lo presente: las circunstancias, los hombres, las co-

sas, todo habia cambiado de aspecto. Era preciso, pues, comenzar nueva vida, renunciar á proyectos anteriores, y abrir nuevo y desconocido sendero por donde dirigir sus pasos hasta encontrar la estabilidad y bienestar, ofrecidos en perspectiva allá en el fondo de confusa y oscura lontananza.

En esta duda, en tan penosa incertidumbre, cuando el auxilio de la razon es un peso que embaraza y embarga el entendimiento, forzoso es dejarse llevar por los sucesos mismos, y seguir esa especie de predestinacion contra la cual es impotente el esfuerzo del hombre. Asi lo hizo el señor Gil: escrito estaba que habia de servir un empleo, y renunciar para siempre al trato y comunicacion con las ciencias, aun cuando hubiese de llegar un dia en que ni aquel ni estas fuesen ocupacion especial de su talento. Precisado pues á servir un empleo, obtuvo el de escribiente del ministerio de la Gobernacion, donde ascendió á oficial del archivo.

Poco le duró ese breve tránsito desde sus antiguos gustos y aficiones al nuevo campo de los negocios públicos, en donde entraba, como á pesar suyo, volviendo la vista al pacífico y sosegado de las ciencias y letras, incesante objeto de sus tareas y desvelos. La violenta reaccion politica del año 1823, volvió á confundir nuevamente todos sus cálculos, á robarle todas sus esperanzas, y á no permitirle formar proyecto alguno que ofreciese un porvenir estable y halagüeño. En semejante incertidumbre, agoviado por el tedio y la ociosidad, sin gusto para los estudios graves, imposibilitado de regresar á Madrid por haber sido oficial de la milicia nacional, y no pudiendo menos de permanecer en Cádiz, único asilo que á la sazon podian hallar los partidarios de las ideas liberales, comenzó á dar rienda suelta á otro linage de conocimientos que corriendo dias y ayudados de su ingenio, habian de servirle para ha-

cer frente á los desmanes de la fortuna, y aumentar al propio tiempo el lustre de la literatura castellana. Siguiendo pues el primitivo impulso que en 1816 le obligó á escribir en ratos ociosos una comedia, titulada *La Comico-mania*, con objeto de criticar las comedias caseras, y otra en 1822 con el título de *La familia catalana*, en que se propuso pintar los tristes efectos del encono de los partidos, y que por último inutilizó en Cádiz, compuso en esta ciudad otras tres bien conocidas del público, cuyos títulos son: *El Entrometido: Cuidado con las novias; y Un año despues de la boda*; la primera en prosa y las otras dos en romance asonantado. Aquella se representó en Madrid en 1825, tadavia ausente el autor, y estas en 1826 cuando ya habia obtenido licencia del gobierno para regresar á la corte.

El período comprendido desde 1824 al 33, notable bajo muchos aspectos, ya se le considere como un cuadro político en que no pocos aciertos aparecen manchados por multitud de errores, ya se le mire como época de transicion en la série de reacciones inevitables en las revueltas políticas de un estado, fué todavia mas señalado y notable por el apocamiento, miseria y postracion en que llegó á verse nuestra literatura, y con especialidad la poesía dramática. Aquel período, pues, al cual se vió tan estrechamente unida la mala suerte de nuestro teatro, no podia menos de influir de una manera eficaz en la conducta literaria de los que para él escribian, con mas arrojo que esperanza de un éxito favorable. Por esta razon y por hallarse enlazados con aquella época los nombres de don Manuel Breton de los Herreros y don Antonio Gil y Zárate, juzgamos oportuno dar aqui una ligera idea del estado de nuestros teatros al fallecimiento del último monarca.

No tomaremos por punto de partida de esta breve y suscinta narracion, la historia de la decadencia de

nuestra literatura dramática en el siglo XVII; la tiránica tutela que sobre ella ejercieron en el XVIII los teatros francés y aleman; ni la inutilidad de cuantos esfuerzos han hecho algunos amantes de nuestra literatura, por levantarla del abatimiento en que la hemos visto durante el primer tercio del siglo presente. Semejante empresa, si bien muy interesante para los fastos político-literarios de nuestra patria, seria agena por su estension del objeto que llevamos al escribir estas líneas.

Tras largo tiempo de decadencia literaria, despues de la invasion de una nueva escuela formada sobre los modelos literarios de la antigua Grecia, adulterados con el espíritu razonador, galante y afectado de la corte de Luis XIV; apareció en España la secta de imitadores y traductores, que por desgracia todavia prevalece, y nuestro teatro abandonó la principal cualidad que pudiera envanecerle, la originalidad. En los últimos años del siglo pasado se enseñorearon de la poesia cómica y de la escena, dos hombres célebres, cuyos talentos eminentes hubieran podido saciar el orgullo español, si en época mas afortunada florecieran: hablamos de Moratin y Maiquez. Ambos conocieron el corazon humano; ambos fueron fieles intérpretes de sus sentimientos, de sus debilidades y miserias: mas el primero desalentado, sin suficiente estímulo para entrar de lleno en la brillante carrera á que su ingenio le conducia, escribió para satisfacer los estímulos de su amor propio, labró su reputacion literaria, y satisfecha esa necesidad moral de los hombres, enmudeció para siempre; y pobre y abatido por la desgracia, buscó el reposo del alma y el descanso eterno del cuerpo en una tierra estrangera. El segundo, cubierto de laureles que nadie le ha disputado todavia, sin recompensas ni aun materiales, atrodellado, desterrado y empobrecido, debió tan solo á la

piedad cristiana el último albergue que ofrece la tierra aun á los que sobre ella pasan sin nombre y sin gloria. La desaparicion de estos dos mantenedores del antiguo renombre de nuestro teatro, acabó por hundirla en la nada.

No podia suceder otra cosa. Al restablecerse la monarquia absoluta en 1823, creyeron sus sectarios que la estabilidad y firmeza de su triunfo dependia de la adopcion de un sistema moral restrictivo, capaz de contener el ímpetu de las ideas novadoras del siglo. ¡Ridículo empeño por cierto, el de oponer á la violencia de un torrente, montones de escombros de un edificio derruido por la mano destructora del tiempo! Y como si fuera posible olvidar lo que lisongea el ánimo, ó renunciar esperanzas que la esperiencia no ha convertido en desengaños, los vencedores del año 23 llegaron á lisongearse con el silencio de los vencidos, y á considerar como cambio de ideas lo que no era ótra cosa que un disimulo forzoso para nó despertar la ira implacable de un poder intolerante.

Apoyo formidable de ese poder fueron las censuras civil y religiosa por donde habian de pasar todas las obras del talento y de la imaginacion, encomendadas á la imprenta; y fácil será concebir que las composiciones dramáticas, mas influyentes que otras por su doble efecto en la lectura y en la escena, no serian las mejor libradas en la severa y minuciosa inspeccion que habia de purificarlas antes de ver la luz pública. Y asi era en efecto. El señor Gil y Zárate en la biografia que ha escrito del señor Breton de los Herreros, presenta varios hechos para patentizar la vergonzosa y degradante humillacion por donde habian de pasar los mas esclarecidos ingenios, obligándolos á someter sus producciones á la estúpida censura del famoso P. Carrillo, fraile Victorio, célebre en los fastos de esa época menguada para

las letras españolas. Era, pues, de inferir que habiéndose entregado el señor Gil á la poesia dramática, como recurso indispensable para atender á su subsistencia, le alcanzaria de igual manera que al señor Breton y demás escritores de aquel tiempo, la férula frailesca del reverendisimo padre. No pudo menos, pues, de pagar él debido tributo á la época; y la siguiente anécdota, copiada literalmente de un articulo biográfico del señor Gil, escrito por don Antonio Maria Segovia, é inserto en la coleccion de *Escritores contemporáneos*, dará completa idea del carácter del P. Carrillo y del criterio y temple de sus censuras. Dice asi: «En 1827 tradujo (el señor Gil) la tragedia de *D. Pedro de Portùgal*, que se representó en el teatro de la Cruz, no sin haber tenido que vencer grandes inconvenientes por parte de la censura. Ejercia esta en lo eclesiástico el célebre *padre Carrillo*, á cuya vergonzosa ignorancia parece como que se quiso dar fama eterna, cometiéndole encargo tan impropio de su estolidez, cuando el señor Gil presentó su *Rodrigo*, primera tragedia original. Repugnóla el censor; quiso el autor empeñarle con recomendaciones poderosas; desairólas aquel; volvió este á abogar por su obra, oponiendo á la severa crítica del fraile un argumento á que otras veces habia cedido; argumento no conocido de los dialécticos, pero sí de los escritores madrileños que habian de habérselas con el P. Carrillo, y era... en una palabra... un bote colmado de esquisitísimo rapé. Pero ¡oh prodigio! La rectitud del censor se hizo esta vez superior al rapé como á las recomendaciones, y manteniéndose inexorable, se determinó á resistir heróicamente que saliese á la escena el último monarca de los godos; porque decia el buen religioso: *Aunque en efecto haya habido en el mundo muchos reyes como don Rodrigo, no conviene presentarlos en el teatro tan aficionados á las muchachas*. Esta anécdota como otras

muchas muy sabidas en Madrid, da idea de lo que se llamaba censura en aquel tiempo... Pocos, muy pocos podrian conservar aliento contra tantos obstáculos: Don Antonio Gil fué uno de ellos: tradujo otras dos tragedias, y la censura no solo las prohibió, sino que (trabajo cuesta el creerlo) ni aun quiso jamás devolverlas al autor. Eran sus títulos *Artajerjes, y el Czar Demetrio*. La misma suerte tuvo de allí á poco *Blanca de Borbon*, otra tragedia original.»

No se limitan á estos solos hechos los títulos de oprobio con que tuvo la gloria de cubrirse la censura de aquellos años. Pudiera perdonarse á la suspicacia de quienes miraban un enemigo, un conspirador en cada hombre capaz de escribir para el público, el estar en continuo acecho de cada idea, de cada palabra que pudiese despertar pensamientos atrevidos, ó deseos contrarios al órden de cosas establecido. Pero estender esa misma suspicacia á las obras de nuestros antiguos escritores, cercenarlas, mutilarlas, y obligarlos á decir lo que nunca pensaron, reservado estaba únicamente á los que equivocando los mas luminosos principios de la sana razon y de la política de los gobiernos, labran á un tiempo su propia ruina y la de la sociedad que tuvo la desventura de ser por ellos gobernada. Hable por nosotros la *Coleccion de comedias escogidas de nuestro antiguo teatro*, publicada en aquel tiempo; y las innumerables supresiónes y lagunas con que se desfiguró su texto depondrán de nuestra verdad, haciendo á la vez el panegírico de tan justa como memorable censura.

Con semejantes travas, con el inmenso cúmulo de dificultades y aun de obstáculos, á veces insuperables, con que era forzoso lucháran cuantos á la sazon se veian acometidos del insensato deseo de escribir para el público, era imposible dejasen de sucumbir á tan continuada pugna, y menos evitar que un mortal desaliento

viniese á reemplazar en su ánimo la fervidez y entusiasmo de la imaginacion. Ese fué cabalmente el término que por entonces tuvieron las tareas literarias del señor Gil. Aburrido y desanimado, abandonó las musas dramáticas, conceptuando mas seguro y lucrativo dedicarse á la enseñanza de la lengua francesa en la escuela de Comercio del Consulado de esta Córte, cuya cátedra obtuvo por oposicion en 1828. Allí, ya que no adquiriese ni utilidades ni renombre, vivia tranquilo y sosegado; y, cuando menos, se miraba exento de las impertinencias y sandeces del P. Carrillo.

Empero cuanto él ganó en paz y sosiego del ánimo, se convirtió en pérdida verdadera para nuestra literatura. El mejor, el mas fecundo de los periodos de la vida le pasó el señor Gil ocupado en su cátedra, y en otros negocios particulares que le proporcionaban la necesaria subsistencia.

Mientras tanto entregado el teatro á su propio destino, se alimentaba de traducciones, las mas veces hechas á destajo entre dos, tres ó mas traductores, y casi siempre sin eleccion, sin gusto, sin correccion en la frase, adulterando lastimosamente el lenguaje castizo, y lo que es peor, sin consultar las conveniencias sociales, ni el tipo característico de nuestra patria. El menor mal producido por esa irrupcion bastarda de estraña literatura, es el habernos constituido en tributarios de una escuela estrangera, renunciando á la gloria de la originalidad, y alejando la esperanza de poder aspirar á ella en muchos años. Humildes imitadores en lo político, en lo moral y en lo literario, de una nacion vecina, mas afortunada que nosotros, sin merecerlo, hemos copiado sus errores con mas fidelidad que sus aciertos; y nuestra sociedad modificada por ese resquemo de francesismo, tan solo presenta un compuesto mestizo en que toda clase de cualidades se encuentran retratadas, menos

las esencialmente españolas. No pocos ven á través de esas modificaciones de nuestra nacionalidad la peregrina idea de una asociacion universal, mancomunidad de ideas y pensamientos; sueño fantástico, quimera irrealizable, tan efímera y vaga como la imágen de los objetos refractados en la linterna mágica. Y ¡desventuradas las naciones de segundo órden si semejantes ensueños llegáran á realizarse! No es tan solo por la vía de las armas como verifican sus conquistas las naciones poderosas.

En semejante situacion, pocos atractivos y aun menores ventajas podía ofrecer el teatro al señor Gil, por grande que fuese su aficion á la poesía dramática: enmudeció, pues, para la escena, y dedicó su pluma á objetos de mas elevado interés, de importancia mas trascendental para la causa pública. A fines de 1832 entró de redactor en el periódico titulado *Boletin de Comercio*, variado despues su nombre en el de *Eco*, que al presente conserva. Bajo ambas denominaciones escribió el señor Gil crecido número de artículos sobre política, ciencias, administracion, literatura, teatros etc., distinguiéndose en todos ellos por la sensatez y cordura que le caracterizan. Esta suma de conocimientos y no las oscuras intrigas de los partidos que ya en 1835 alzaron abiertamente sus cabezas, fueron causa de que el Gobierno le nombrase en 11 de abril de aquel año, oficial del Ministerio de lo Interior, ahora de la Gobernacion. Nuevo cambio en las ideas, en las inclinaciones, en los hábitos y hasta en la fortuna del señor Gil. Obligado pues, á causa de sus nuevas ocupaciones á renunciar formalmente á todo proyecto literario, hubo de separarse del *Eco*, así como de toda tarea incompatible con el escaso tiempo que le restaba despues de llenar las funciones de su nuevo destino.

Mas no por eso dejó de volver la vista al antiguo objeto de sus afanes y desvelos; y robando momentos fu-

gaces al descanso, dió al teatro en aquel mismo año la *Blanca de Borbon*, libre ya de las repulsas del P. Carrillo. Su éxito en la escena fué muy superior al que debia esperarse, atendidas las formas dramáticas de esa tragedia en completa oposicion con las nuevamente introducidas en el teatro.

Reinaba en este, con el orgullo y preponderancia de conquistador, el exagerado romanticismo, fruto de una reaccion provocada por el austero rigor y escesiva severidad de los preceptos clásicos. Las doctrinas de la nueva escuela en abierta pugna con las de la antigua, propendian, como es inevitable en toda emancipacion moral, á la licencia y desenfreno; porque nunca la naturaleza humana en esos primeros sacudimientos de su vigorosa pujanza, puede contenerse dentro de los justos límites de la prudencia: es forzoso para ello que las duras lecciones del desengaño la den á conocer el punto único en donde puede conservar el equilibrio sin riesgo de inclinarse á estremidades peligrosas. Aquella lucha era á la sazon encarnizada y tenaz. El código del buen gusto dictado por Horacio y sus discípulos sobre el texto de Aristóteles, acaso no bien interpretado, motivó los rijidos preceptos anunciados con toda solemnidad dogmática por la vigorosa pluma de Boileau, de Harpe y Lemercier. Estrechóse en demasía el ámbito que á la imaginacion le era lícito recorrer, en términos de que esas precauciones tomadas con el objeto de evitar los estravios de anteriores épocas literarias, se convirtieron en yugo opresor y tiránico.

Contra esa opresion y tiranía alzaron bandera Ducange, Hugo, Dumas; y sus imitadores. Mas como nunca una reaccion se contiene en justos límites, y el anhelo de recorrer un campo inmenso hasta entonces prohibido, es el mayor estímulo de la imaginacion; no se contentaron los nuevos campeones literarios con romper tra-

bas inútiles y perjudiciales, ó deslindar las leyes fundadas en la razon y la esperiencia, de las que solamente reconocian por base el espíritu de escuela ó el prurito de dogmatizar. Lejos de eso, unas y otras fueron derogadas, sancionándose el principio de que el ingenio poético desconoce toda ley, todo precepto, como no sea los que á sí mismo le plazca imponerse. Hasta aqui podian admitirse las consecuencias de la nueva escuela, porque tan solo afectarian los principios del arte si bien con detrimento de la razon. Pero cuando de los preceptos artísticos pasaron á los morales; cuando estos fueron confundidos con aquellos en el mismo anatema de proscripcion; cuando se llegó á considerar como un simple melindre la circunspeccion con que hasta entonces se habian manejado en la escena las pasiones, los afectos, las debilidades y miserias de la especie humana; la sociedad se sintió herir de muerte porque se conmovieron sus mas sólidos cimientos, y la voz de escándalo resonó á la vez en todos los ángulos de Europa.

Ni podia ser otra cosa; porque nunca las sociedades conspiran á ciencia cierta contra sí mismas. Y como la cuestion que se agitaba era puramente práctica; como su resolucion la daban los hechos diarios; y como de ellos resultaba hacer los ingenios vano alarde de presentar al hombre fisiológico entregado solamente á las determinaciones impulsivas de sus órganos, sin dependencia del ente moral que modifica y refrena esas determinaciones; muy atrasada en la civilizacion habia de hallarse la sociedad europea para que al ver un abismo insondable abierto bajo sus pies, no clamase contra el mayor de todos los atentados que con ella puede cometerse cual es el desmoralizarla.

En la efervescencia de tan grave crisis literaria, apareció sobre la escena *Blanca de Borbon*. Lo que esencialmente es bueno conserva siempre el privilegio de agra-

dar proceda de cualquier escuela: siga ó no el rumbo que se obstinen el capricho ó la moda en señalar á la imaginacion. Blanca, pues, fue aplaudida y elogiada. Pero esa funesta carcoma de las sociedades, el espíritu fatal de pandillage, que asi en lo literario como en lo político es el mayor obstáculo para la razon y el bienestar de la especie humana, sindicaba al señor Gil de *clásico puro*, ya por esa como por sus anteriores obras. Su amor propio se sintió herido, y en ello cometió un error, pero error que dió orígen á otro de mayor consecuencia componiendo el *Cárlos II*: vamos á manifestarle copiando las mismas palabras con que lo hizo el autor del artículo biográfico citado al principio... Quiso hacer alarde de la facilidad con que el verdadero genio puede tomar vuelo por cualquier rumbo, tanto mas cuantas menos trabas le sujeten, y escribió en el género de Dumas y Victor Hugo su mas conocida y celebrada obra, *Cárlos II el hechizado*. Causó este drama el efecto que necesariamente habia de causar por sus cualidades, por su argumento, por el nombre del autor, por la época en que se dió al teatro.... y á un tiempo mismo alborotó, escandalizó, y se grangeó grandes aplausos revueltos con no escasas censuras. Sea permitido á la pluma que gustosamente vá trazando estas líneas en obsequio de uno de los ingenios que han salvado de un naufragio completo el moderno español teatro, disculpar aqui la severidad y amargura con que ella misma criticó entonces y aun satirizó el *Cárlos II*. Cundia por aquel tiempo la depravacion del gusto, arrojábase nuestra juventud literata á una especie de frenético desarreglo, que aunque fundado en la imitacion de esos seductores descarrios de algunos grandes escritores estranjeros, no encontraba apoyo en los hombres juiciosos é instruidos de nuestro pais: el mal amenazaba ser mayor de lo que la sensatez española ha permitido al fin que sea; mas en aquellos

momentos eran de temer los estragos del contagio, y pareció peligrosísimo que viniese el nuevo drama á favorecer las exajeraciones y estremos de la moda, dándoles autoridad y peso con el brillo de su mérito, y con el nombre ya respetable del autor. Ademas, se hallaron en el Cárlos II otros inconvenientes morales y políticos: con su representacion se imbuia en el vulgo espectador mas y mas el odio á cosas y clases que ciertamente no hay gran necesidad de desacreditar hoy en el dia; alterábase algun tanto la verdad histórica, y por último, podia en tiempos de preocupaciones y errores tergiversarse su espíritu, y ser para las ideas del pueblo de no muy benigna influencia. Esto es apuntar una opinion y no otra cosa: el autor ha dicho en contestacion estas palabras, que es justo repetir sin desfigurarlas: «Dos años antes *me hubiera guardado muy bien* de dar al teatro semejante drama; pero cuando se representó, *los males á que pudiera haber dado orígen*, estaban ya verificados y no tenian remedio.» «Basta con lo dicho: escrita está la obra y su crítica: tal vez es tan escesivo el rigor de ésta, como aventuradas las licencias de aquella.»

No pecó ciertamente el señor Gil en haber sacudido á su vez la coyunda del clasicismo: forzoso era hacerlo y aun necesario; porque solamente de la lucha y reaccion continua entre las diversas escuelas y sistemas literarios, renacen con nuevo esplendor y gallardía las buenas letras: la quieta y pacífica posesion de cualquier sistema las conduce sin sentirlo á la muerte. He aquí en breves palabras la causa de todas las reacciones morales.

No insistiremos pues en repetir lo ya dicho sobre el verdadero defecto moral del CárlosII, cuyas consecuencias hubo de esperimentar su mismo autor á consecuencia de la reclamacion hecha á las Córtes por un oscuro y remoto pariente del P. Froilan Diaz, confesor del rey Cárlos, y uno de los principales personages del drama,

pretendiendo se obligára judicialmente al autor á resarcir al muerto lo que de su fama le habia menoscabado al presentarle en escena con un carácter vicioso y criminal que nunca fue el suyo. La queja era justa, pero intempestiva y ridícula: el autor hubiera evitado este incidente habiendo dado á aquel personaje otro nombre, menos conocido que el de Froilan por su desinterés aparente ó verdadero.

Empero si los respetos sociales, si la conveniencia teatral censuraron lo que parecia justo condenar, la moral aplaudió al propio tiempo las bellas máximas que el autor, bien empapado en ellas, hizo brillar por toda su composicion. ¿Qué importa el odioso carácter de Froilan, ni que influencia podia ejercer en la pureza de la virtud contrastando con dos seres como Inés y Florencio? Cuando estos, próximos á ser pasto de la hoguera inquisitorial, resuelven alijerar su muerte por medio de un tósigo, y repentinamente desisten de semejante intento, alumbrados por un pensamiento sublime de virtud y religion; tienen tanta verdad y vehemencia sus palabras, con tal fuerza de razon y convencimiento se espresan, que en vano el asqueroso cuadro del libertino Froilan intentaria empañar el brillo con que el anterior resplandece. Véase en comprobacion de lo dicho el siguiente fragmento de la escena 5.ª del acto 4.° Convencido Florencio de que el suplicio espera á su amante, y deseando proporcionarla muerte menos penosa dice:

. . . .

En una hoguera fatàl....
¡O cielos! ¡yo me estremezco!
No, muger angelical,
no será: librarte ofrezco
de ese suplicio infernal.

INES. ¡Cómo...! ¿tú?
FLOR. ¿Tendrás valor?

INES. ¿Pudiera faltarme al verte?
FLOR. Mira que en tanto dolor,
último don de mi amor
será tan solo la muerte.
INES. Yo con placer la recibo
de tí, por quien solo vivo.
FLOR. Este anillo que aqui vés,
en sus entrañas, Inés,
recela un veneno activo.
INES. Dámelo luego... Morir
mi aciago destino es ya;
pero al dejar de existir,
al menos el no sufrir
tu esposa te deberá.
FLOR. Si, mi Inés; y mil delicias
aun al morir probaremos:
hasta espirar nos veremos;
y entre amorosas caricias
abrazados moriremos.
Mis labios recojerán
ansiosos tu último aliento
cuando el mio exhalarán,
y unidas al firmamento
nuestras almas subirán.
Vengan despues los malvados
de mil suplicios armados;
y en su despecho impotente
en restos inanimados
ejerzan su saña ardiente.
Al ver burlado su anhelo
temblarán, si, de furor;
y nosotros sin recelo
gozaremos desde el cielo
de su rabioso dolor.
INES. Dame el veneno... ¿qué tardas?

tal vez la ocasion perdemos
si solo un instante aguardas.

FLOR. Pues primero yo...

(*Saca el anillo del dedo lo abre y lo aplica á los labioe. En este instante Inés, como herida de otra idea, le detiene asiéndole del brazo.*)

INES. ¿Qué hacemos?
No... detente.

FLOR. ¿Te acobardas?

INES. ¿Yo acobardarme?... Jamás;
no es el temor de la muerte,
es el temor de perderte.

FLOR. ¡Ah! siempre me perderás,
que asi lo manda la suerte.

INES. En este mundo de horror;
mas reunirnos debemos
en otro mundo mejor,
y amarnos alli podremos
con puro y eterno amor.
Esta alhagüeña esperanza
me dá en mis males aliento;
pero ¡ay! el celeste asiento
solo la virtud le alcanza
y es criminal nuestro intento.
Suframos, mi bien, suframos:
¿qué importa un hora sufrir
si siempre puros quedamos,
y asi felices logramos
al trono de Dios subir?
¿Témes falte resistencia
á esta muger á quien amas?
No, que al sufrir mi sentencia,
me verás en tu presencia
sonreir entre las llamas.
Fija los ojos en mi;

que sin dejar de mirarte,
tú me escucharás allí
con firme voz darte el sí
que en el altar debí darte.
De los hombres á despecho,
templo la hoguera será,
y de rosas blando lecho,
donde al fin en lazo estrecho
nuestra union se cumplirá;
y en vez de que al espirar
nuestros amores se acaben,
se verán acrecentar
de cuanto los cielos saben
mas que los hombres amar.

FLOR. ¡O Dios...! ¿y es una muger
quien con tal valor se esplica?
No, no; que en tí pienso ver
un ángel que purifica
con su hablar todo mi ser.
Al escucharte ya siento
centuplicado mi aliento:
vengan los suplicios, pues,
que para mí no hay tormento
si me hallo á tu lado, Inés.
Este veneno aliviára
nuestro sufrir, es verdad;
mas por siempre nos separa,
y el suplicio nos prepara
de union una eternidad.
Pues bien no lo necesito; (*Arroja el anillo.*)
ya mi mano lo arrojó:
dígase que nos mató
de los hombres el delito,
mas nuestro delito nó.

¿Pudiera acaso el mas estricto moralista reprobar de

una manera tan sólida y filosófica el atentado del suicidio, aun en un caso en que podria hallar disculpa en la justicia de los hombres ? Esta y otras escenas del mismo drama le justifican sobradamente ante los ojos de la crítica imparcial; y con esa composicion escrita como por despique, bajo los principios de una escuela que no eran los de la suya, contestó victoriosamente á los que en la ceguedad de su entusiasmo pueril por las novedades, suponian neciamente que el alazan acostumbrado á la rijidez del freno, es incapaz de romperle y ostentar en plena libertad el brio y lozana gallardia de su peculiar naturaleza.

No menos que en esas tareas literarias fruto de algunos momentos robados al descanso, se daba á conocer el señor Gil en las peculiares al destino que desempeñaba en el ministerio de la Gobernacion. Correcto en sus escritos, sólido y juicioso en sus ideas, todos aquellos asuntos en que debian sobresalir ambas cualidades, se le encomendaban generalmente; y hé aqui el motivo de ser suyos el preámbulo del plan de estudios publicado por el Duque de Rivas, los de los proyectos de las dos leyes municipales, y el de libertad de imprenta presentado á las Córtes en la legislatura de 1839: sin que esas tareas desviasen su atencion de uno de sus objetos favoritos, cual era la creacion de institutos y escuelas normales, cuyo establecimiento se debió en gran parte á su tenacidad y constancia.

Al propio tiempo ejercitaba igualmente su pluma en escribir varios artículos para la Revista de Madrid, en publicar con el señor Bordiú algunos cuadernos sobre diversas cuestiones políticas y administrativas, y en redactar para el Semanario pintoresco varias y muy bien escritas biografías de personages históricos. Y como si estos afanes literarios no bastasen para satisfacer su anhelo de utilizar sus conocimientos en beneficio del

público, se comprometió á desempeñar la cátedra de historia del Liceo de esta córte, cuyas lecciones recibidas con general aceptacion, acaban de publicarse impresas recientemente.

La opinion del señor Gil, ya respecto de sus ideas morales, ya de la escuela literaria á que deberia pertenecer, quedó en cierto modo lastimada con la representacion del *Cárlos II;* porque ni era fácil á todos conocer á fondo la bondad caracteristica del autor para no dudar de sus intenciones, ni en los cambios de escuela literaria dejan de ver los partidarios de la que resta abandonada, una especie de apostasia, una falta de fé imperdonable en cuantos siguen la contraria, y un trastorno completo de los buenos principios. Para alejar de si el anatema de que se veia amenazado por ambas partes; para demostrar prácticamente que no es acertado juzgar de las cualidades morales de un autor por los caracteres que le suministró la imaginacion al trazar el plan de un drama, y en fin, para manifestar hasta qué punto puede ser conciliable la rígida doctrina de los clásicos, con las exigencias de la nueva escuela literaria y la justa libertad que debe concederse á la imaginacion y al pensamiento, escribió para el teatro del Liceo la *Rosmunda.* Este drama es muy superior en nuestro juicio al *Cárlos II*, y al propio tiempo verdadero tipo de las formas dramáticas admisibles en nuestro teatro, si queremos conservarle con cierto aspecto de originalidad, y tan lejano de la sequedad y monotonía grecoromana, como del atrabiliario desconcierto de la moderna escuela francesa. Tanto mas justa es semejante consideracion, cuanto que aquella escuela, esencialmente desorganizadora, no ha podido resistir á los embates de la opinion universal, apoyada en el eterno principio de la conservacion de las sociedades; y su inmensa balumba de crímenes espantosos, friamente calcula-

dos sobre la irritabilidad natural de los órganos, desmoronada en gran parte, amenaza hundirse con el mismo deleznable cimiento en que débilmente se ha sostenido hasta el dia.

Cuando el autor escribió la Rosmunda, aun ocupaba su destino en el ministerio; pero como si un fatal presentimiento le inspirase el designio de ensayar con doble brio sus fuerzas en el dificil género que dentro de poco tiempo habia de servirle de refugio y apoyo en su desgracia, á despecho de sus ocupaciones, hizo ese nuevo esfuerzo, con el cual logró afianzar mas sólidamente su reputacion literaria, y desvanecer cualquier impresion desfavorable producida por el *Cárlos II.*

Sus presentimientos se vieron cumplidos. La revolucion de 1.° de setiembre de 1840 lo lanzó de su empleo, arrebatándole cuantas esperanzas pudo haber fundado en su probidad y honradez, asociadas á su ilustracion y conocimientos; prendas rara vez respetadas por la violencia de las revoluciones y las rivalidades de los partidos. Desde entonces, cambiada, su suerte, devuelto nuevamente á la vida privada sin temor ni remordimientos, se entregó de lleno á la poesía dramática, debiéndola su subsistencia y la de su familia, añadiendo nuevos triunfos á su ingenio, y dando motivo á que por un principio de egoismo, natural en la sociedad y nada dificil de comprender, apetezcan todos verle precisado, aunque con utilidad propia, á enriquecer por ese medio nuestra literatura española.

Despues de la Rosmunda, drama de que no ha disfrutado la mayoría del pueblo madrileño, por haberse representado únicamente en el reducido teatro del Liceo, su autor ha compuesto y dado á luz *D. Alvaro de Luna*, *Masanielo*, *Un monarca y su privado*, *Matilde*, *D. Trifon*, y *Guzman el bueno.* De estas composiciones, la última ocupará luego nuestra atencion, por ser, jun-

tamente con Rosmunda, las piezas en que se compendian, por decirlo asi, todas las bellezas de las demás, poniendo de manifiesto al filósofo profundo y al poeta dramático consumado.

La breve y sencilla narracion de cuantas vicisitudes ha esperimentado en su vida pública y privada el señor Gil, exigiria tal vez de nosotros la manifestacion de las ideas, pensamientos, y designios que le sirvieron de conducta en las diversas situaciones en que la volubilidad de la suerte le ha colocado. Periodista, empleado de alta categoría, poeta dramático; hé aquí los principales aspectos bajo los cuales debiéramos considerarle. Pero, ¿qué podríamos decir relativamente á sus ideas como empleado y escritor político, que fuese recibido con recelo por unos, con tibieza por otros, con indiferencia por los mas? Las revueltas políticas pasan, las opiniones individuales desaparecen, las sociedades vuelven á recobrar su equilibrio moral, como el occéano á ostentar su plateada superficie despues que la tempestad dejó de transformarla en montes de espuma; y entonces la historia, justa apreciadora de las buenas ó malas cualidades de los que por cualquier medio han logrado hacerse notables entre sus conciudadanos, coloca á cada cual en el puesto que le corresponde. Los que en esfera subalterna en el órden político se han limitado como el señor Gil á cumplir con sus deberes, siguiendo los impulsos de su honradez natural, y á contribuir en cuanto lo han permitido sus fuerzas á labrar el bienestar de su patria, segun su razon y conciencia lo dictaban, gozan por única recompensa la satisfaccion de haber obrado de acuerdo con su modo de ver y de juzgar de las cosas, y el merecer el aprecio de cuantos los conocen; mas no pueden tener pretensiones á ocupar las páginas de la historia con la enumeracion de sus virtudes privadas. Otro campo mas

estenso y mas general se presenta á los que descubriendo ingenio superior para las letras, hacen resonar por todas partes su nombre, inscribiéndole con indelebles caracteres en los fastos de la literatura, registro universal de todos los seres privilegiados de la tierra, cuyas hojas nunca se ven rasgadas por la irascibilidad y encono de los partidos políticos.

A esa historia noble y generosa que consigna todo cuanto el talento de los hombres ha creado para hacer llevaderas las penalidades de la vida; á esa historia en donde la inteligencia humana hace magnífico alarde de la sublimidad de su origen, á esa pertenece el nombre del señor Gil. Su vida está en sus obras, como él mismo ha dicho del señor Breton de los Herreros; y en vano seria buscar nuevos hechos para esclarecerla, cuando la instable fortuna, envolviéndole en sus inciertos giros, le ha colocado por último en la situacion mas acomodada para hacer libre ostentacion de la bondad de su carácter y de la riqueza de su fantasía.

En este supuesto, inútil seria afanarnos en trazar el cuadro de la vida política del señor Gil, acaso desnudo de interés, cuando podemos bosquejar otro mas acabado, de mas grandiosas proporciones, mas importante para su celebridad y de mayor cuantía para la literatura nacional, haciendo una breve reseña del mérito de sus dos principales composiciones dramáticas, bajo el mismo órden con que su pluma las ha producido.

Al drama de Cárlos II, cuadro horrible en que á un mismo tiempo se retrata con espantoso colorido la debilidad y estupidez del último bástago de la dinastía austriaca en España, y la atroz barbárie de un tribunal de infanda memoria, al que sin duda, para escarnio de la religion y de la humanidad, se le llamaba santo, sucedió el de Rosmunda. Fundada la accion en un desliz amoroso de Enrique II de Inglaterra, el autor ha sa-

bido darle todo el grado posible de movilidad é interés, sin valerse de cuantos recursos terribles suele emplear la nueva escuela para conmover el ánimo de los espectadores. El rey Enrique, perdidamente enamorado de la jóven y hermosa Rosmunda, que en compañía de su madre, habitaba un castillo inmediato á Lóndres, la visitaba con frecuencia bajo el nombre de Alfredo: ella, no tan solo le correspondia, juzgándole de clase igual á la suya, sino que tambien olvidó por su causa el amor del jòven Arturo, compañero de su niñez. La reina Eleonora, sabedora de aquellas secretas relaciones, se dirije al castillo de Rosmunda, á fin de cerciorarse de la verdad: entra y la sorprende en compañia del rey. La rabia de los celos se apodera súbitamente de su corazon; pero dueña de sí misma, refrena sus ímpetus hasta tener ocasion de satisfacer su venganza. Esta escena es sumamente interesante y dramática por la situacion particular de cada uno de los interlocutores. Sobre todo es admirable el talento con que el autor ha puesto en boca de una reina celosa y ofendida, la sutil sagacidad con que pretende arrancar su propio secreto á Rosmunda, bien agena de sospechar esta que su Alfredo es nada menos que el esposo de la reina. Eleonora resuelve llevar consigo á la hermosa rival para sacrificarla á su venganza. Al efecto hace preparar un veneno; mas una nueva entrevista con Rosmunda, desarma su cólera, reconociendo en ella una jóven sencilla y candorosa, villanamente engañada por su esposo Enrique. Copiaremos esa bellísima escena para que sirva de muestra de la bondad de todo el drama.

ELEONORA, ROSMUNDA.

(Rosmunda es conducida hasta la puerta por Roberto, que la señala á la reina.)

Ros. ¿Dónde me conducís?.... ¿Qué miro? ¡Es ella!

ELE. Y bien ¿qué os sobresalta?... En mi palacio,
en mi cámara estais.

ROS. ¡Desventurada!
¿Qué pretendeis de mí? ¿Por qué?....

ELE. Calmaos.
Tomad asiento.

ROS. ¡Yo!

ELE. Sentaos digo,
y aliento recobrad.

ROS. Vuestro mandato
obedezco, Señora. (*se sientan las dos.*)

ELE. Oid, Rosmunda,
y no estrañeis si con franqueza os hablo.
Enojado me habeis.

ROS. ¡Yo!

ELE. Con ofensas
que nunca las mugeres perdonaron.

ROS. ¡Ah! ¿Cómo pudo ser? En mi retiro
era vuestro existir casi ignorado.
Si el nombre vuestro pronuncié algun dia,
fué para bendeciros, para amaros.

ELE. Lo creo. Mas no siempre nuestros pechos
tan inocentes son como pensamos;
y entre afectos tal vez puros, sencillos,
el crímen se desliza enmascarado.

ROS. ¡Ah!

ELE. Vos, Rosmunda, amais. ¿Podeis jurarme
que al mundo, al cielo no ofendeis amando?

ROS. Sí, lo puedo jurar; que es inocente
amor que de virtud se enciende al rayo.
Sin rubor lo confieso al mundo, al cielo;
y á los pies de tus aras sin espanto,
eterno Dios, en tú presencia misma
osaré repetir mil veces: amo.

ELE. Sí.... sí.... pero decid.... ¿Estais segura

de que en igual pasion el justo pago
dá Alfredo á vuestro amor?

Ros. Si lo dudara,
¿viviera yo, Señora?

Ele. ¿Os ha jurado
eterna fé?

Ros. Mil veces.

Ele. ¿Qué promesas
os hizo?

Ros. En mi memoria solo guardo
una.

Ele. ¿Cuál es?

Ros. La de adorarme siempre.

Ele. Y entre frases de amor, otros alhagos
¿acaso no mezcló? ¿No procuraba
con ponderados bienes deslumbraros?
¿No presentó, por fin, á vuestros ojos
de futura grandeza el dulce cuadro?

Ros. Si otra cosa que amor me prometiera,
yo, Señora, le hubiera despreciado.

Ele. Mas ¿qué esperanza, al fin, era la vuestra?

Ros. ¿Eso me preguntais? Al que ama tanto,
¿qué otra esperanza concebir le es dable,
sino unirse á su bien en dulce lazo?

Ele. ¿Luego Alfredo tambien alimentaba
en vos esa ilusion?

Ros. ¿El?

Ele. Sí.... esplicaos
con franqueza.

Ros. Yo...

Ele. Hablad.

Ros. Yo la tenia,
pero él jamás me prometió su mano.

Ele. ¡Y osais decir que vuestro afecto es puro!

Ros. ¿Cupo, Señora, en mí nunca dudarlo?

Ele. ¡Incauta! ¿Qué habeis hecho?... De un amante
las artes conoced.... Desengañaos;
sabed que cubre con falaces rosas
la sima donde intenta despeñaros;
sabed que lleva mentiroso, astuto,
hiel en el corazon, miel en los labios,
y con dulces palabras y caricias
el crímen, la deshonra vá labrando.

Ros. ¡Cielos! ¡Qué luz funesta!.... Acaso Alfredo....
No cabe en él un corazon tan falso.

Ele. ¿No cabe?... Pues oid.

Ros. Callad: no os pido....

Ele. Sabedlo: es un traidor es un malvado.

Ros. Señora, si lo es, dadme la muerte;
mas no me lo digais. *(se levanta.)*

Ele. Os fuera grato
creer siempre en su amor; ¿no es cierto? y siempre
con tan gustosa idea apacentaros....
Desechad ese error. ¿Por qué en el seno
alimentar quereis tan necio engaño?
¿Por qué?....

Ros. Señora, y vos por qué obstinada
en el pecho un puñal me estais clavando?
¿Por qué me arrebatais hasta el consuelo
que hallar pudiera en mi destino infausto?
Y ¿por qué despiadada en mis dolores
con esa risa atroz mostrais gozaros?
¿Qué os importa mi amor? ¿qué mis desdichas?
¿Una reina no tiene otros cuidados?
Mas, en vano os cansais; sé que es forzoso
perder toda esperanza; sé que el vaso
me es preciso apurar hasta las heces
de amargura y dolor y eterno llanto;
sé que ya para mí no hay en el mundo
ni placer ni ventura.... Horrible arcano

existe aquí que penetrar no puedo....
¡ni lo quiero saber!.... al desdichado
¿qué le importa la causa de sus penas
si ella acrecienta su mortal quebranto?
Dejadme al menos mi ilusion.... ¿Qué digo?
No es ilusion.... es realidad.... Sus labios
no mintieron amor.... Pues qué, á mis plantas,
¿no le vi sin color, casi espirando,
temblar, caer, con lágrimas de fuego
surcar su rostro y abrasar mi mano?
¿No le vi estremecerse en cruel delirio,
domar de su pasion los fieros raptos,
y amor diciendo los ardientes ojos,
con su muda elocuencia hablar mas claro?
¡Ah! que eso no se finge, no... Bien puede
el rigor, el deber.... ¡Lo ignoro!.... ¿Acaso
sé yo lo que en las córtes corrompidas
proscribe la verdad, manda el engaño?...
Bien puede en su furor la suerte injusta
arrebatarle el bien que ansiaba tanto,
mandarle huya de mí, que me abandone,
y aun sujetar su cuello á odiosos lazos;
pero, no lo dudeis, su pecho es mio,
mio, sí, para siempre.... En los palacios,
en el campo de honor, en los torneos,
donde quiera que esté.... ¡de otra en los brazos!
allí me amará siempre, allí en secreto
maldiciendo el rigor de adversos hados,
si suspira, si gime; ese suspiro
es mio, y hácia mí vendrá volando.

ELE. ¡Orgullosa!... ¡O furor!... ¡Y á tal estremo
tu beldad te envanece!.... ¿Tal encanto
presumes se halla en tí, que irresistible,
eterno es tu poder!... ¡O qué insensato
delirio!... ¿sabes lo que dices?... ¿Sabes

que si eso fuera cierto, era llegado
tu triste fin, y que ese amor impuro
me es preciso en tu sangre sofocarlo?
¿Sabes á quién ofendes, á quién amas?
Tú misma, tú, te llenarás de espanto.
Conoce, en fin, al elevado objeto
de tu insana pasion.... Mira ese cuadro. *(señala al retrato del rey.)*

Ros. ¡Cielos! ¿qué veo?... ¿no es Alfredo?

Ele. El mismo.
Pero míralo bien.... Un régio manto
cubre sus hombros, en su frente brilla
la diadema.

Ros. ¡Es el rey!

Ele. Tú le has nombrado.

Ros. ¡Ah! *(ocultando con horror el rostro entre las manos.)*

Concluye tan interesante diálogo con exigir la reina de la desolada Rosmunda que consentirá en encerrarse en un claustro, si no quiere esponerse á ser objeto de su venganza. Esta escena admirable, quizá lo mejor que ha escrito el señor Gil, daría margen á largas observaciones sobre la inteligencia con que ha manejado los mas hondos y delicados resortes del corazon femenino. ¡Qué astucia la de Eleonora, qué sagacidad para informarse menudamente de todas las circunstancias que podian servirla de testimonio irrecusable contra su delincuente esposo! ¡Y qué tenacidad la de Rosmunda en querer ignorar lo que teme saber en mengua de su pasion y de su honor! Es muy difícil rayar á tanta altura en el conocimiento de nuestra débil naturaleza, y el señor Gil puede envanecerse de haberlo conseguido.

En el momento de estar ya desarmada la cólera de la reina, llega Enrique y comienzan las justas recriminaciones de aquella. El orgullo ofendido de uno y otro se

exaspera, y el rey encolerizado dirige á su esposa esta amenaza:

. . . . Otras reinas
que el sólio inglés adornaban,
se han visto con triste suerte
de su pompa despojadas;
solo un paso hubo para ellas
al claustro desde este alcázar;
y el oprobio de un divorcio
puso fin á su arrogancia.
Tened presente su historia,
y no querais imitarlas.

Palabras que producen una esplosion volcánica en el pecho de la reina. Muger y celosa, su furor no tiene límites: teme verse suplantada en el trono por la bella Rosmunda, y contesta con este terrible aparte:

Primero perecerá:
su muerte está decretada.

Y la lleva á efecto; porque solamente asi puede verse libre de los temores que la asaltan. Mas el ejecutor de la sentencia es el mismo Arturo, el primer amante de Rosmunda; y aunque ofendido y celoso, prepara un narcótico que hace beber á su amiga con objeto de salvarla. Eleonora creyendo muerta á su rival, la coloca en el trono revestida con las insignias reales, y hace venir al rey para saborear el dolor que destrozará su alma al contemplar aquel sarcasmo espantoso de su adúltero pensamiento, viendo el cadáver de su amada sobre el trono mismo en que intentó colocarla en vida. El sentimiento de Enrique llega á su colmo á vista de tan horrible espectáculo, y la reina se marcha para volver luego á saciarse en el complemento de su venganza. Mas á este tiempo despierta Rosmunda de su letargo, y se halla en los brazos de Enrique: quiere huir y no puede; le echa en rostro su engaño, y él pugnando por sincerarse, hasta

promete hacerla esposa suya repudiando á Eleonora. En este momento se acerca la reina, y Enrique obliga á Rosmunda á ocultarse en el trono, cubierta con sus cortinas. El diálogo de los dos esposos en que la reina manifiesta recrearse en la mofa que ha hecho del cadáver de su rival vistiéndole las insignias reales, irritan el orgullo de Rosmunda, cíñese la corona que tiene al lado, descorre las cortinas y se muestra á Eleonora, quien atribuyendo tan inesperada aparicion á decretos de la providencia divina, cae desmayada. Al propio tiempo entra la nobleza convocada por el rey, y les presenta á Rosmunda como sucesora de Eleonora en el trono de Inglaterra. En esta escena lucha la razon con los estímulos ambiciosos de Rosmunda: estímulos naturalísimos y que el autor deja conocer por esta sencilla esclamacion puesta en boca de aquella: *¡Reina soy!* Palabras que valen por un discurso.

La accion del drama concluye por llegar á desengañarse la reina de que el corazon de Rosmunda no puede ser de Enrique, y que reconciliada con Arturo está dispuesta á darle su mano y alejarse de Lóndres para riempre. Eleonora por su propio interés los protege, y burla todos los deseos de su esposo, quien sin esperarlo presencia, á despecho suyo, el acto solemne de union de los dos jóvenes amantes; y aunque en su primer arrebato de furor intenta inmolarlos á su venganza, reflexiona un momento, dá oidos á la voz de su conciencia, se reconcilia con Eleonora, y los dos jóvenes esposos se ausentan despidiéndose del rey para volverse á ver, segun la espresion de Rosmunda, *en el cielo.*

Este drama abunda en situaciones de primer órden por su ingenioso artificio y por el vigor y valentía de los caracteres. Si alguno puede ser reputado por débil, es el de Enrique II, y tal vez puede decirse lo mismo del de Arturo: estas leves faltas y otras que nacen del mismo ori-

gen, cual es la facilidad con que Enrique se reconcilia con Eleonora, son acaso los únicos lunares que se hallan en esa composicion, sembrada por otra parte de bellezas dramáticas de muy subidos quilates.

Ultima composicion del señor Gil hasta el dia, es el drama titulado *Guzman el bueno*. Cuando tuvimos noticia de la eleccion de asunto tan árido y poco flexible para adaptarle las formas dramáticas, temiamos con algun fundamento que el autor renunciase á tamaña empresa, por lo mismo que nuestros mas fecundos ingenios antiguos y modernos le respetaron por igual motivo.

Pero nuestro autor seguro de sus propias fuerzas, no se ha arredrado por tamaños inconvenientes; y haciendo un esfuerzo de ingenio que le honra sobre manera, ha conseguido formar una accion, no tan solo interesante, sino muy dramática, aun cuando para ello haya tenido que violentar algunos datos históricos demasiado conocidos y populares. Mas todo lo perdona el espectador en gracia de las infinitas bellezas de egecucion que la esmaltan.

La accion principia con la antigua y solemne ceremonia de armar caballero á D. Pedro, hijo de Guzman. En esta escena, escrita con el tono magestuoso que corresponde á la solemnidad del acto, la madre de D. Pedro comienza á manifestar el secreto presentimiento de las desgracias que amenazan á su hijo, y sus temores de hallar en la persona del infante D. Juan el causante de todas ellas. Asi se prepara la accion, combinando su interés con el de los primeros albores del amor que Don Pedro ha concebido por Doña Sol, hija de Don Juan.

Este, mientras tanto, mantiene secretas relaciones con el monarca africano, á fin de hacerle dueño de la plaza, dando entrada á sus huestes por la puerta encomendada á su cuidado, debiendo recibir por premio de

semejante perfidia los reinos de Castilla y Leon. Mas un confidente sarraceno entrado en la fortaleza para arreglar ese convenio con D Juan, cae en poder del pueblo que lo inmola á su furor, despues de haber confesado el objeto con que se habia introducido en ella. Este incidente agregado á la noticia comunicada á Guzman desde Fez, anunciándole la traicion urdida por el infante, le obligan á hacerle salir de la plaza, no sin haber tenido que valerse de su autoridad para salvarle del furor de la irritada plebe, y pretestando que el mismo D. Juan habia resuelto pasar á Sevilla para pedir socorro al rey D. Sancho. D. Juan se resiste á valerse de semejante pretesto; pero Guzman le dice en voz baja:

Si vivir os acomoda,
Decid, infante, que sí;
Pues de otra suerte os ahorcan.

Se ausenta D. Juan con su hija; y al momento se oye el clarin que llama al combate. Pónese Guzman al frente de sus tropas y pronuncia las siguientes octavas, cuyo mérito superior las hace mas dignas de la epopeya que del drama.

¿Oís, soldados? La sonora trompa
Ya nos llama á la lid: corramos luego,
Y alarde haciendo de guerrera pompa,
Al brazo no hay que dar paz ni sosiego:
Pechos infieles nuestra espada rompa,
Sus tiendas de oro y seda trague el fuego,
Y véannos trocar la mar cercana
En otra mar de sangre musulmana.

No os asusten los fieros escuadrones
Que en torno al muro su furor ostentan,
Que al número no atienden los leones
Cuando en débil rebaño se ensangrientan:

Siempre los esforzados corazones
Sus contrarios combaten, no los cuentan:
Seguidme; y descargando golpes ciertos,
Los contareis mejor despues de muertos.
¿Españoles no sois? pues sois valientes;
A fuer de castellanos sois leales:
Ni al peligro jamás volveis las frentes,
Ni os pueden abatir hados fatales:
Antes que aqui rendidos, hoy las gentes
Verán nuestros honrosos funerales,
Renovando con inclita constancia
Las glorias de Sagunto y de Numancia.
Sí, castellanos: si el rigor del cielo
Negase á nuestras armas la victoria,
En el trance fatal, para consuelo,
Nos queda siempre de morir la gloria.
Guarde este ardiente ensangrentado suelo
De Tarifa tan solo la memoria,
Y conquiste el alarabe entre asombros
Montones de cadáveres y escombros.
Pero no, no será: ya vuestros ojos
En sacrosanta llama ardiendo veo,
Y alzar vuestras espadas con despojos
En estos muros inmortal trofeo:
Dejándolos do quier con sangre rojos,
El moro llore este fatal bloqueo;
Y estrechado entre el mar y nuestras lanzas,
Completen hierro y mar nuestras venganzas.
Venid, que desde el alto firmamento,
El Dios por quien luchamos ya nos mira,
Y dando á nuestras almas ardimiento,
Lanza al infiel los rayos de su ira.
Nuestras hazañas, desde el régio asiento,
Con nobles premios el monarca admira,
¡Feliz quien por los dos su sangre vierte!

¡A morir ó vencer!

TODOS. ¡Victoria ó muerte!

Dáse la batalla, y en ella queda hecho prisionero Don Pedro. Sus padres agoviados con tamaño desastre, resuelven enviar á su fiel Nuño al campo enemigo para ajustar el rescate de su hijo; mas en ese momento él mismo se presenta con el anhelo de ver á sus padres y bajo palabra de regresar á poder de sus vencedores. Por su narracion saben que el infante D. Juan está en el campo moro, y que allí todos le respetan y obedecen: nuevo incidente que presagia la desgracia de D. Pedro.

Preséntase entonces Aben-Comat, antiguo compañero de armas de Guzman en Africa, á intimar á este que le será devuelto su hijo si entrega la plaza al Amir: proposicion que indignado desecha Guzman. Aqui comienza á crecer por grados el interés del drama. Aben-Comat hace entender á D.ª Maria que su hijo corre grave riesgo si vuelve al campo africano y Guzman no entrega la plaza. La afligida madre resuelve no permitir que su hijo regrese para ser víctima del furor de D. Juan; pero ni sus ruegos ni sus lágrimas consiguen ablandar la entereza de Guzman, ni inclinar el ánimo de su hijo á quebrantar las leyes del honor. En vano Aben-Comat, oficioso amigo de aquella familia desventurada, introduce secretamente á D.ª Sol, hija de Don Juan, y prometida esposa de D. Pedro, en el caso que este entregase la plaza, á fin de que su hermosura y su amor hiciesen variar de resolucion á su amante: todo es inútil con aquellas dos almas de hierro para quienes la vida es menos que el honor: ni aun la misma D.ª Sol se allana á servir de recompensa á traicion tan fea. Mas el poder de una madre es irresistible, y solo á él cede la constancia de D. Pedro, despues de largos y rudos com-

bates entre el pundonor y el amor filial. Cede; pero instantáneamente, porque Guzman al saberlo denuesta á su hijo, y hace hervir en su pecho el heroismo del suyo. D. Pedro resuelve partir; mas en ese momento llega su madre y se opone, confiada en el pueblo amotinado que apoya sus designios: nueva lucha entre sentimientos terribles y dolorosos. Guzman resuelto á consumar el sacrificio, propone á su esposa que elija entre el hijo y el padre: ni uno ni otro quiere apartar de su lado. D. Pedro aprovechando un momento de confusion, parte precipitadamente seguido de Aben-Comat. D.ª Maria al verle marchar, cae en tierra sin sentido.

La rabia, el despecho del traidor don Juan se exaspera doblemente con la resistencia de Guzman. Todo anuncia que la catástrofe será espantosa, y que muy en breve habrá de consumarse. En efecto, Guzman recibe un pliego del infante, anunciándole que si á la mañana siguiente, despues de tres toques del clarin, no le ha entregado la plaza, la cabeza de su hijo caerá al pie de los muros que obstinadamente defiende. ¿Cederá ó no cederá por fin el héroe al contemplar el peligro de su hijo? Su alma vacila, duda; el amor de padre grita con voz formidable en su corazon, caerá Tarifa... Empero otra voz mas terrible, mas austera, la del honor, resuena en su pecho: la idea de vender una plaza, de cuya defensa se encargó él mismo; la espantosa imágen de su patria, hecha presa de las falanges sarracenas, que por aquel punto vendrian de Africa, si cobarde daba oidos al grito del amor filial, le deciden por fin á sofocarle en su pecho, y á mirar con sangre fria el llanto y el dolor de una madre afligida.

Ya el primer toque del clarin enemigo anuncia la proximidad de la catástrofe. Todos quieren salvar la victima: Guzman tambien consentiria en ello si pudiera sin mengua del honor. Y ¿cuál arbitrio elegir?... Los

momentos son preciosos; el peligro se acerca; la imaginacion se vé confundida por el ansia misma del dolor... Oyese el segundo toque del clarin... La sangre se hiela en todos los corazones, el momento fatal se aproxima... Doña Sol llega. Esta ilustre fugitiva del campo enemigo, quiere salvar á su amante; quiere ser presentada á su inhumano padre desde el muro como inocente represalia del asesinato que aquel va á consumar en don Pedro. Un rayo de esperanza brilla en los ojos de todos: todos se apresuran á subir al muro.... ¡Vano designio! El fúnebre sonido del clarin anuncia por última vez que ya no es tiempo; que ya el espíritu de la inocente víctima voló á los brazos del Ser supremo. El horror se apodera de todos los circunstantes, y solamente el alarido de la venganza halla cabida en aquellas almas petrificadas de espanto.

Tal es y tan poderoso el terrible efecto que produce en los espectadores este drama, hábilmente concebido y ejecutado. Su crecido número de bellezas hace embarazosa la eleccion, y seria preciso copiarle todo para no desairar á ninguna. Sin embargo, presentaremos las que basten á dar idea de las demás.

Cuando á consecuencia del aviso que recibe Guzman acerca de las intenciones del infante, resuelve hacerle salir de la plaza, pintándole el mal estado de esta, y lo inútil que seria aventurar en ella su existencia el hermano é inmediato sucesor del rey, se entabla el bello diálogo siguiente:

JUAN. En verdad, buen don Alonso,
Pasmado oyéndoos estoy;
Y ¿á qué ese estraño discurso
Se dirige en conclusion?

GUZM. ¿Necesitaré decirlo?
¿Tan poco entendido sois?

JUAN. ¿Quereis salga de Tarifa.
GUZM. Eso espero.
JUAN. Guzman, no.
GUZM. Es forzoso.
JUAN. ¿Quién lo manda?
GUZM. De Tarifa alcaide soy.
JUAN. Y yo infante.
GUZM. En otro sitio
Seré vuestro servidor;
Mas aqui reemplazo al rey:
¿Quién es mas, el rey ó vos?
JUAN. Os comprendo, don Alonso:
No oculteis vuestra intencion.
De traidor antes el nombre
Vuestra lengua pronunció;
¿Soy ese traidor acaso?
GUZM. Vos lo sabreis, si lo sois.
JUAN. ¿Pensais...?
GUZM. Lo que vos pensareis,
Eso, don Juan, pienso yo.
JUAN. Esplicaos.
GUZM. Es inútil:
Dispensadme ese rubor.
JUAN. Vive el cielo, tal injuria...
Esplicaos, ó si no.....
GUZM. ¿Lo quereis?... Ved esa carta.
JUAN. Y bien, ¿qué?
GUZM. Noticias son
De Fez... Un secreto amigo,
Privado de Aben-Jacob,
Me avisa que cauteloso
Aqui nos vende un traidor.
¿Quereis ahora que os diga,
Aqui para entre los dos,
¿Quién es?

JUAN. Alguna calumnia.
GUZM. Vos sois, don Juan.
JUAN. ¿Yo?
Sí, vos.
GUZM. ¡Yo!
GUZM. Si no lo declarára
La carta, esa turbacion,
Ese rubor, esos ojos
Lo dijeran.
JUAN. ¡Oh furor!
¿Y por qué un moro lo diga?...
GUZM. No lo dice él solo, no.
JUAN. ¿Quién mas?
GUZM. Colocad la mano,
D. Juan, en el corazon:
Recordad los hechos vuestros:
Ese es vuestro acusador.
JUAN. A un infante de Castilla
¿Así hablais con torpe voz?
GUZM. Por ser hermano del rey
Asi os hablo, que sino
Ya estuviérais á estas horas
Colgado de aquel balcon.
JUAN. ¡Que sufra tal insolencia!
GUZM. ¿Saldreis, en fin?
JUAN. ¿Cuándo?
GUZM. Hoy.
JUAN. Y ¿no temeis mi venganza?
GUZM. Cumpla con mi obligacion,
Y lo que fuere despues
Allá lo dispondrá Dios.

La escena novena del tercer acto es admirable desde el primero hasta el último verso. ¡Qué dignidad! ¡qué nobleza! ¡qué sentimientos tan elevados y sublimes! Sentimos que su estension nos impida copiarla entera;

sin embargo, no podemos resistir al deseo de insertar algunos fragmentos.

Guzman sabe que don Pedro cediendo á las lágrimas de su madre, ha prometido quedarse. Guzman le manda acercar.

Ven... dame la mano...
¡Vive Dios, temblar la siento...!
¡Qué se hizo aquel ardimiento
Que ostentabas tan ufano?
¿Es miedo? ¿Es vergüenza? Di:
¡Ah! ¡mi pecho en furor arde!
¿Estoy mirando á un cobarde,
O á un hijo digno de mi?

D. Pedro confiesa haber cedido á la afliccion de su madre, y concluye diciendo:

Dadme un contrario, señor,
Que á mi altiva audácia cuadre;
Mas, ¡combatir á una madre!
¡Ah! no tengo ese valor.

Guzman recusa una disculpa que le acarrea el deshonor; á lo que repone su hijo:

¿Con que es preciso cien dagas
Clavar en su corazon?
Guzm. Cumplir con tu obligacion,
Eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero:
Oidos un caballero
Para otra cosa no tiene.

Sigue haciendo una vivísima pintura de la amargura y dolor de que él mismo será victima, habiendo de sufrir la pérdida de un hijo y el furor de una madre; y aludiendo á la heróica fortaleza de que habia de armarse para soportar tanto padecimiento, dice:

Qué, ¿solo el valor se muestra.

Por ventura en la batalla?
Ese facilmente se halla,
Pero hay mas ruda palestra:
Palestra, sí, donde son
Inútiles peto y lanza;
Que en ella á lidiar se lanza
Sin defensa el corazon.
Dichoso mil veces fuera
El hombre, si su existir
A pelear y morir
Tan solo se redujera:
Su vida es el bien tal vez
Que á menos afan le obliga,
Y cuanto mas la prodiga,
Alcanza mas gloria y prez;
Mas otro bien Dios le dió
Que es fuerza conserve y ame;
Pues un poco que derrame,
Todo con él lo perdió.
Este bien es el honor;
Será fantasma, quimera;
Pero el mundo donde quiera
A ese solo dá valor.
Este te manda partir;
Y aunque el dolor que me aqueja
Detenerte me aconseja,
Crímen fuera resistir.
Ni pienses que de otra suerte
Tu vida salvar podrias:
Siempre, Pedro, moririas,
Pero de mas triste muerte;
Que do el honor muerto está,
No hay ya de vida esperanza;
Y muerte es esa que alcanza
Del sépulcro aun mas allá.

A estos sentimientos de alto pundonor suceden los de la naturaleza. Estrecha á su hijo entre sus brazos por la última vez, y vierte en su seno el llanto hasta entontonces reprimido por el heroismo. Su mismo hijo se asombra de verle llorar, y esclama:

¡Dios!... ¿qué veo? ¿Llorais?... ¡Vos!
¡Vos! ¡Guzman!

GUZM. ¿Nadie nos vé?
No.... Nadie.... Llorar podré,
Que estamos solos los dos.

PEDRO. ¡O dulce llanto! ¡O placer!
¡Mil veces feliz instante!

GUZM. De esos crueles distante
Pueda este llanto correr:
Deja, sin que á nadie asombre,
Ni mi dolor nadie vea,
Que padre un momento sea:
Despues volveré á ser hombre.

Omitimos el insertar fragmentos de otras escenas, por no vernos precisados á copiarlas todas. Este drama en su totalidad ofrece un cuadro grandioso, magnífico, de la terrible lucha entre los penosos deberes dictados por el honor y los sentimientos mas tiernos y vehementes del corazon humano. Guzman es un personage de proporciones gigantescas; sublime en el pensamiento; enérgico, tierno y vehemente en la espresion. Acaso por ese motivo los demas personages decaen mucho á su lado. Y ¡ojalá que el asunto ofreciese por sí mismo sobrados incidentes para llenar la regular estension del drama! Entonces sin duda alguna hubiera andado mas parco el autor en las declamaciones de doña Maria; las cuales versando constantemente sobre un mismo punto, no pueden menos de parecer molestas, por mas variedad que quiera darlas la imaginacion, por mas que las engalane con todos los atavios y accidentes del sentimiento poé-

tico. Pero ni aun esos pequeños inconvenientes hacen decaer un drama que el público inteligente, sin distincion de escuelas, ha recibido con muestras de singular aplauso.

Concluyamos, pues. Todas las composiciones dramáticas del señor Gil, se distinguen por un profundo conocimiento del corazon humano; por la esquisita sensibilidad con que espresa sus mas delicados afectos; por su destreza en buscar situaciones eminentemente dramáticas; por la variedad y vehemencia de sus diálogos; y últimamente por su versificacion robusta y armoniosa. Tiene defectos, es verdad; mas ¿quién carece de ellos en obras de imaginacion? Algunos dejamos indicados y otros señalariamos igualmente si nos propusiéramos hacer un exámen minucioso de sus producciones. Impresas están todas: con ellas lo fueron igualmente las tres únicas odas que ha publicado hasta el dia, en las que resplandecen las principales dotes poéticas que resaltan en sus obras: una con motivo de la *Amnistia*, otra á la *Libertad*, la tercera al *Sitio de Bilbao*. Todas pertenecen ya al público: él las juzgará por sí mismo; y no esperamos nos sea contrario su juicio.

Hemos llegado al término de la tarea que nos hemos impuesto por amistad y por deber. Réstamos añadir que si la lisonja del amor propio puede indemnizar de algun modo de los desaires de la fortuna, el señor Gil no carece de motivos para saborear esa interior satisfaccion, puesto que se halla decorado con los títulos de secretario de S. M., caballero de la órden española de Cárlos III, y comendador de la órden americana de Isabel la Católica. Además pertenece á la Academia española, al Liceo, y al Ateneo de Madrid. Estos honores, y la fecundidad de su imaginacion, forman su único patrimonio. Pero en medio de las vicisitudes de su suerte, con las cuales hemos patentizado lo que dijimos al

principio sobre la imposibilidad de fundar cálculos seguros en el porvenir, le queda al señor Gil el placer puro de que solamente pueden gozar los que sienten latir su corazon con los estímulos de la gloria; esto es, el cariño de sus amigos y el aplauso de todas las edades. Por nuestra parte tambien hemos querido contribuir en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permiten, á levantar este mal trazado monumento á la memoria de un escritor distinguido, á cuyas escelentes prendas morales reune el mérito literario que todos reconocen en sus obras.

Jose de la Revilla.

pañía que sobre la imposibilidad de hacer cálculos exactos al presente, ha quedado al señor Gil el placer puro de una conducta generosa para con los que á su lado concurren á los cálculos de la gloria; esto es, el cariño de sus amigos y el aplauso de todos los rivales. Por nuestra parte también hemos querido contribuir en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitian, á la justa y casi unánimemente á la memoria de un escritor distinguido, á cuyas producciones presta muchas veces el mérito literario que todos reconocen en sus obras.